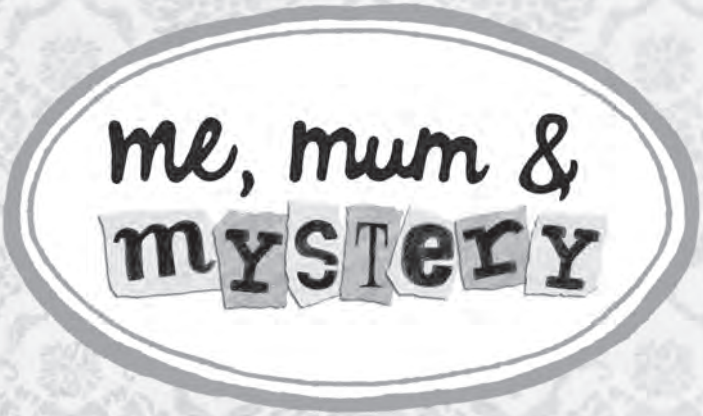
Lucia Vaccarino

me, mum & mystery

Una serie de misterio

edebé


me, mum &
mystery

«All names, characters and related indicia contained in this book, copyright of Atlantyca Dreamfarm s.r.l., are exclusively licensed to Atlantyca S.p.A. in their original version. Their translated and/or adapted versions are property of Atlantyca S.p.A. All rights reserved.

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italy
© 2015 for this book in Spanish: Edebé
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Editorial project by Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italy

Text by Lucia Vaccarino
Illustrations by Paola Antista

Original edition published by De Agostini Editore S.p.A.
Original title: *Una fiction in giallo*
N.B. Copyright Shutterstock for photos as indicated in the original Italian edition.
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 - 20123 Milano – Italia - foreignrights@atlantyca.it- www.atlantyca.com

No part of this book may be stored, reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without written permission from the copyright holder. For information address Atlantyca S.p.A.».

© Traducción: Marinella Terzi
Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Primera edición: septiembre 2015

ISBN 978-84-683-1624-6
Depósito Legal: B. 14422-2015
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

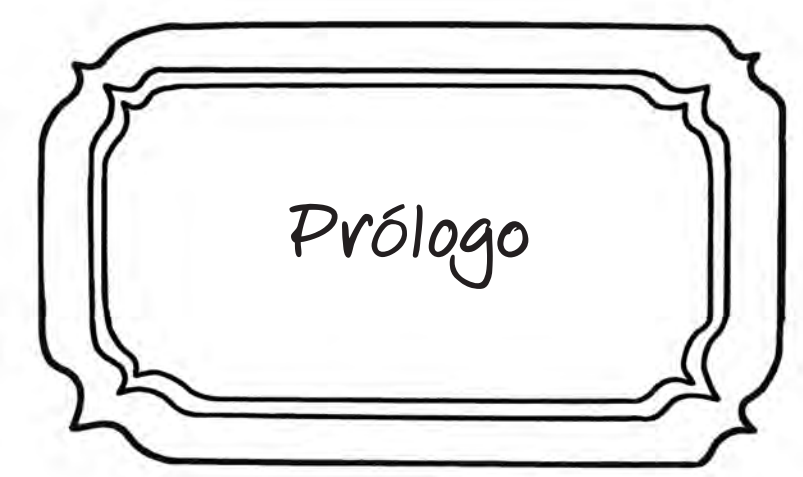
Lucia Vaccarino

Una serie de misterio

Ilustraciones de **Paola Antista**

Traducción de **Marinella Terzi**

edebé



Prólogo

—¡Se ha ido por allí! —exclamó la agente, señalando una fábrica derruida.

Su pelo rubio, sedoso y brillante se agitó al viento. Era joven, y las manos le temblaban al apretar la pistola.

—Detente, no entres ahí —respondió el hombre que estaba frente a ella, con calma aparente.

Sus ojos azules desprendían una luz febril, y sus manos se mantenían firmes mientras quitaba el seguro de la pistola. El único signo evidente de preocupación era la arruga que le surcaba la frente.

—Pero... detective... —dudó la agente—. ¡Nuestro principal sospechoso se está escapando!

—No discutas. El Diablo Rojo es muy astuto: atraernos hasta allí debe de formar parte de su plan.

Los labios de la joven se crisparon formando una línea.

—¿Su plan? —preguntó.

—Sí, su plan para acabar conmigo. Ya sabes que el Diablo Rojo es mi enemigo acérrimo. Llevo diez años tras sus pasos, desde que disparó a mi compañero y amigo Bruce justo delante de mis ojos... —la mirada del detective vagó lejos por un momento, para luego regresar brillante y afilada como el acero.

—Iré yo —dijo resoluto, estrechando el brazo de su joven compañera—. Es culpa mía que el Diablo Rojo siga libre... Tendría que haberlo atrapado hace muchos años, aun a costa de emplear sus propios métodos.

—¿Sus propios métodos? —susurró la policía—. Pero ¡usted no es ese tipo de persona!

—Empiezo a pensar que sería mejor serlo. Pero ahora basta, está decidido: entraré solo.

—¿Solo? ¡No puede! ¡Es demasiado peligroso!

—Tengo que arriesgarme. Hay momentos en los que un hombre debe afrontar su destino —dijo el detective, y dándole la espalda, se dirigió hacia la fábrica, con el abrigo que ondeaba como la capa de un héroe.

—¡Venga ya! —soltó Emily, tumbada en el sofá junto a

su madre, señalando con gesto de fastidio el televisor, que emitía un episodio de la popular serie de detectives *Detective Green*—. ¡A estas alturas el Diablo Rojo se habrá escapado ya y habrá cometido unos cuantos delitos más, mientras estos dos pierden el tiempo hablando sin parar!

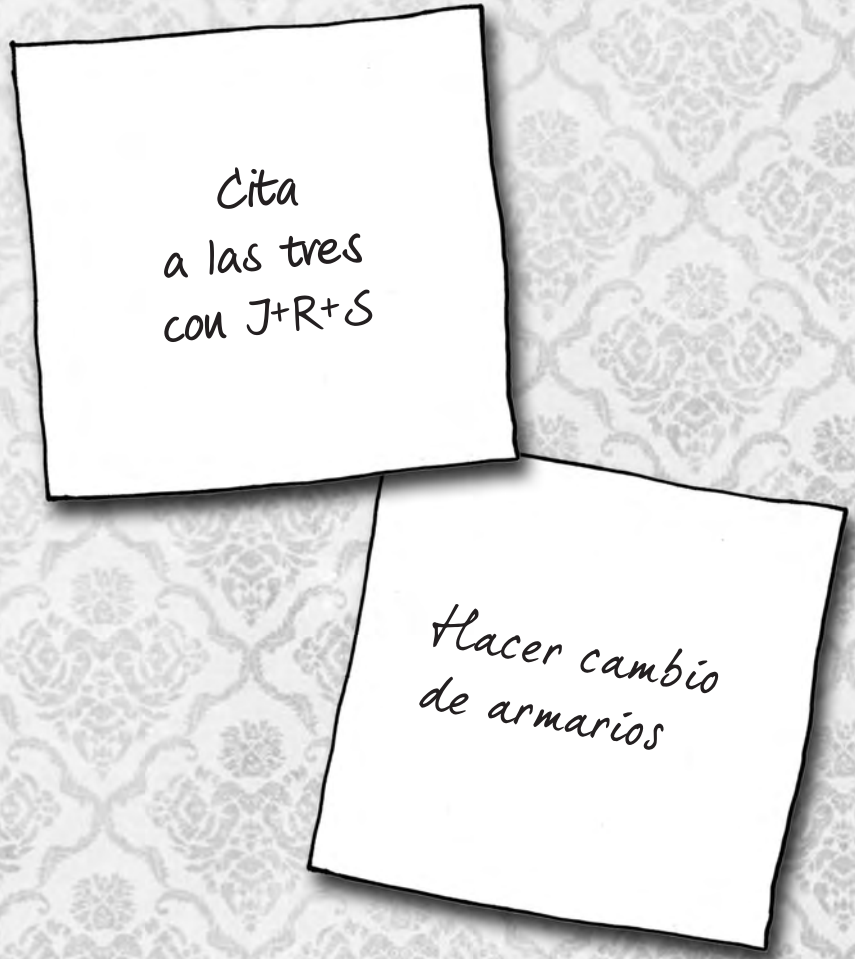
Linda se estiró y picoteó unas cuantas palomitas de un bol de rayas amarillo girasol.

—Emily, ¡es una *peli*! No hace falta que sea verosímil.

Emily resopló y atrapó un gran puñado de palomitas.

—Este *Detective Green* es de pacotilla, ¡me apuesto lo que quieras a que los que escriben el guión no han visto un detective en su vida!

Si Emily se hubiera encontrado con ellos, les habría dicho cuatro cosas. O por lo menos eso pensó entonces. No se imaginaba para nada que muy pronto sus caminos se cruzarían de verdad.


Cita
a las tres
con J+R+S
Hacer cambio
de armarios

¿A que no adiviná is quién se queda el último?

Las últimas pedaladas del verano...

1. Una detective en clase

—Toma, ten, esto tendría que bastarte —dijo Linda, dándole a Emily unos billetes.

Emily abrió los ojos: ¡le parecía demasiado! Pero, al fin y al cabo, era la primera vez que iba sola a comprar el material para las clases, así que sonrió y asintió tranquila. Ya tenía once años, y pocos días después comenzaría primero de la ESO, así que había llegado el momento de gozar de cierta independencia. Y, por suerte, desde que abandonaron Londres Linda había comenzado a relajarse un poco y hacía esfuerzos por no dejarse llevar por sus ataques de aprensión materna. Aunque de vez en cuando tenía recaídas...

«Y, además —pensó Emily con orgullo—, en el fondo este dinero me lo he ganado».

Porque Emily no era una niña cualquiera. Era la sobrina nieta de un detective, el extravagante y misterioso Orville Wright, y de él había heredado el *cottage* situado en el número 1 de Oak Road, sede de la empresa familiar: la Agencia de Investigación Wright.

—¿Has visto mi sudadera con capucha? —preguntó Emily a su madre, guardando el billetero en la bandolera que llevaba siempre. El verano estaba llegando a su fin, y la temperatura, sobre todo en un día nublado como aquel, empezaba a bajar.

—Está ahí, en la butaca —respondió Linda.

Emily correteó hasta su cuarto preferido: el despacho, que además era la sede de la agencia.

Debió de ser también el cuarto preferido del tío Orville, a juzgar por el cuidado con el que estaban colocados todos los objetos allí dentro. Eso no significaba que el sitio estuviera ordenado: el orden no iba con la familia Wright. Emily, de hecho, también prefería cierto desorden personal. «¡Es signo de una mente despierta y viva!», decía a menudo, sobre todo cuando su madre se quejaba de todo aquello que su hija dejaba por medio.

Al traspasar la puerta, Emily saboreó los olores únicos de aquel lugar: madera, tela, plástico viejo, flores y papel. Sobre todo, papel. Las paredes estaban totalmente ocupa-

das por una gran librería, llena de ejemplares usados y amarillentos que la niña había aprendido a querer e iba leyendo uno por uno, siempre que tenía tiempo libre... Todo reflejaba la pasión del tío Orville.

Pero lo que Emily prefería leer por encima de todo era la colección de notas y diarios que el tío abuelo le había donado, escritos de su puño y letra, con una caligrafía ampulosa, en una serie de cuadernos de tapas flexibles.

En la librería había acumulado un montón de objetos raros: estatuillas, relojes, pipas, una pantufla y un grifo dorado, custodiado en una urna de cristal como si se tratara de un importante hallazgo. Todos, recuerdos de las investigaciones resueltas por el tío Orville.

«¡Miau!», se quejó *Percy*, el gato devon rex pelón y antipático que había heredado del tío Orville junto con todo lo demás, cuando Emily le quitó la sudadera rosa sobre la que estaba enrollado.

Emily le acarició distraídamente detrás de las orejas, sumergida en sus propios pensamientos.

Al heredar la Agencia de Investigación Wright, a principios de verano, se sintió completa por primera vez. Ahora tenía una motivación, una gloriosa historia de familia, lo que para una huérfana de padre como ella a veces no era fácil, y un espléndido futuro por delante.

Sin embargo, nada de todo eso le permitía dejar de ir a clase.

Emily resopló. No es que el colegio no le gustase. Siempre le había encantado la escritura, y los libros y las historias de todo tipo, incluso las de civilizaciones antiguas. La geografía le fascinaba, las matemáticas algo menos, pero a veces proporcionaban unos interesantes enigmas. Emily también era capaz de dibujar medianamente bien y siempre sacaba muy buenas notas en educación física.

No eran las asignaturas lo que le preocupaba, sino que hasta entonces sus experiencias escolares no habían sido exactamente positivas.

En parte era culpa de Linda, que mientras vivieron en Londres la había inscrito siempre en colegios carísimos y pijos a costa de un montón de sacrificios, convencida de que la preparación sería mucho mejor. Eso hizo que Emily tuviera que vérselas con hijos de papá de lo más antipáticos, que solo hablaban de ropa de marca, fiestas vip y juguetes supercaros.

Pero en Blossom Creek Emily había encontrado un buen amigo, Jamie, el hijo del inspector de policía Paul Mulberry. Y Jamie le había presentado, con algún que otro roce inicial, a sus amigos de infancia Riley y Scott. Emily había pasado los últimos días con ellos entre pa-

seos en bici, sueños de aventuras y exploraciones por los alrededores, como los protagonistas de las novelas.

Aunque a veces se comportaban como unos bobos, cosa que los chicos saben hacer muy bien, Emily tenía que admitir que los tres eran realmente simpáticos. Eran los otros los que la preocupaban: ¿cómo se sentiría en el nuevo instituto, teniendo en cuenta que todos los demás se conocían desde párvulos? ¿Sería «la extraña»? ¿«La de Londres»? ¿La encontrarían diferente? Esperaba que no la tomaran por una pija de ciudad...

—¡Lenteja! ¡¿Vienes de una buena vez?! —gritó una voz alegre desde fuera.

Emily volvió de aquellos oscuros pensamientos y sacó del escritorio de madera maciza su cuaderno de detective. Algunas tradiciones de familia no podían perderse.

—¡¿Lenteja?! —preguntó Linda riéndose, en la puerta de la casa.

Emily señaló su cara con un gesto vago, para indicar las pequeñas pecas que decoraban nariz y mejillas.

—Todos tienen apodos —explicó con paciencia—. Jamie es «Astilla», porque de pequeño, cuando los mayores querían tomarle el pelo, él se escabullía por cualquier sitio y salía corriendo. Riley es Búho, por las gafas.

—¿Y Scott?

—Bueno, él es Gordinflón, o Rechoncho, o Michelín.

—Mmm..., hay quien ha salido peor parado que tú, Lenteja... —comentó Linda levantando una ceja.

—Mamá, no lo entiendes: no es ofensivo, nosotros nos respetamos...

—¡Lenteja! ¿Se te han oxidado las rodillas? Como te esperemos más, ¡nos saldrá barba! —dijo la voz anterior, que pertenecía a Scott.

—Comprendido —respondió Linda con una risita—. Es una cosa vuestra, de chicos.

Emily le sacó la lengua. Con sus vestidos retro, sus tacones y sus cuidados accesorios Linda no podía ser más diferente a su hija, que solo se sentía a gusto vistiendo ropa deportiva y zapatillas.

—Bueno, ya lo verás, ¡en clase con ellos estarás a gusto! —sonrió Linda, contenta de que su hija hubiera establecido buenas relaciones con gente de su edad.

Emily sonrió abriendo la puerta, y continuó sonriendo mientras se montaba en la bici y se unía al grupo. En el fondo Linda tenía razón: no era necesario preocuparse tanto.

«O tal vez sí», se dijo Emily, agotada, unas horas después, sentándose con gesto cansado en un taburete frente al

mostrador de la pastelería. A sus pies yacían bolsas y paquetes de libros, cuadernos, lápices, gomas, pinceles, reglas, escuadras y cartabones. En los otros taburetes tomaron asiento sus amigos, enzarzados en una conversación animadísima.

—Y te acuerdas de aquella vez que Connie dijo... «Entonces, *seño*, ¿puedo salir por la ventana»? —comentó Riley.

—¡Connie es una pasada! —respondió Scott.

Jamie asintió.

—Sí, es simpática; una suerte que esté con nosotros en primero también. Y Brandon también viene con nosotros, ¡así que la risa está asegurada con sus bromas! ¿Recordáis cuando la *seño* Rose le hizo sentarse con el Callado?

—Sí, ¡es verdad! —se rio Scott.

Emily apoyó los brazos en el mostrador.

Los tres llevaban toda la mañana igual: hablando todo el tiempo de personas que ella no conocía, recordando situaciones muy divertidas, por lo visto, que ella no había vivido, y riéndose de chistes que jamás había oído.

—¡Prrr! —hizo Riley hinchando los carrillos.

—Sí, ¿os acordáis? ¡Prrr! —respondió Jamie, como si fuera una gracia divertidísima, y de la risa Scott casi se cayó del taburete.

Aquello la superaba. Por mucho que se esforzara, Emi-

ly no lograba entender nada de lo que estaban diciendo. Y ellos, emocionados por pasar a Secundaria, no paraban de rememorar cosas sucedidas en Primaria, contándose anécdotas incomprensibles para ella, sin darse cuenta de que así la hacían sentirse justo como no quería sentirse: una extraña. La londinense. La nueva. Y si le pasaba con sus amigos, cómo sería con los nuevos compañeros a los que todavía no conocía... Emily dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué os pongo? —preguntó Roxi, la propietaria de la tienda, tan alegre como siempre.

—Para mí una rosquilla glaseada y un jugo de cerezas —respondió Jamie.

—Para mí un pedazo de tarta de almendras y un granizado de fresas —dijo Riley.

—Para mí un *megamuffin* de chocolate triple, con batido de chocolate y estrellitas de azúcar —pidió Scott.

—Yo quiero un zumo de melocotón, gracias —murmuró Emily, con la barbilla apoyada en los brazos.

—Emily, ¿no te encuentras bien? —preguntó Roxi, que conocía la pasión de la joven detective por los pasteles—. ¿No te habrá contagiado tu madre su absurda manía de comer «saludable»?

—No, es que... he comido mucho al mediodía —dijo

Emily, que no podía confesar el motivo de su descontento.

—Bien, tienes que alimentarte —aprobó Roxi—. El cerebro necesita azúcar. Y más ahora que vais a empezar el curso... ¿Todo dispuesto?

—¡Sí! —exclamaron a coro Jamie, Riley y Scott.

—Sí... —resopló Emily.

Roxie tomó del expositor de revistas la *Gaceta de Blossom Creek,* el periódico de escasas páginas y más bien aburrido del pueblo.

—¿Ya habéis ido a recoger los nuevos uniformes? —preguntó con jovialidad.

—No, llegan mañana —respondió Jamie.

—¿Uniformes? —se sobresaltó Emily, que en su colegio de Londres había alimentado una manía atroz por las corbatas de rayas, las camisas y las faldas plisadas.

En los colegios de pueblo no era preciso llevar estúpidos uniformes. En el campo no eran tan formales. ¿O sí? Tal vez los llamaban uniformes por decir algo, serían unas blusas sencillas, o unos jerséis lisos de color...

—En la *Gaceta* están las fotos —continuó Roxi, abriendo el periódico.

Emily observó con horror la imagen de un atuendo completo, con chaqueta y calcetines de rayas, corbata y falda plisada.

«Bueno, ahora tengo la certeza absoluta: ¡el nuevo curso escolar será una pesadilla!», pensó sorbiendo tristemente su zumo de melocotón.

Emily,
¡el modelo
con falda
es adorable!

Mamá,
¿no te estarás
contagiando
de Celia?